

siones y deseos que a lo posible no sean más: que quimeras.

Todos exponen algo, el director su pujante prestigio, el empresario se juega a cara o cruz su dinero, el autor su fama y su carrera, asimismo como el actor. Y como el que expone, vigila, todos están pendientes del desarrollo de la obra y de las reacciones del público, deseando un completo triunfo para todos.

He aquí la eterna paradoja de la vida, se está representando una comedia y lo que en realidad se vive es una tragedia.

El único factor indiferente es el público, que tendrá que lamentar en caso de salir decepcionado la pérdida de la velada, que no es poco, pues ha perdido nada más ni nada menos que el tiempo. Es lo único que no se recupera jamás.

Las escenas van transcurriendo una tras otra, bajo la experta vigilancia de los colaboradores anónimos. Anónimo el apuntador, cobijado en su modesta concha y anónimo el traspunte tras las cortinas de proscenio.

El primer y segundo actos han sido ya expuestos. La mayoría del público ha dejado entrever, durante las breves tertulias de los entreactos, su malestar por la comedia. Si el éxito o fracaso de la obra se juzga por los votos de los espec-

tadores, la comedia ha fracasado rotundamente.

¿Y si dijéramos, con Eduardo Criado, autor de la magnífica (para mí) obra "Los blancos dientes del perro", por boca de uno de sus personajes, que el autor puede considerar que ha triunfado con que uno solo de los espectadores haya captado y recogido el mensaje de la obra? Claro que es el mismo autor el que nos da esta regla, pero de todos modos no es descabellada.

El tercer acto ha dado fin sin cambiar lo más mínimo la opinión sostenida por el respetable. El telón descende. Las candilejas se oscurecen. Breves aplausos han premiado una labor de años.

El autor abandona la sala decepcionado, cabizbajo, meditabundo. Ha fracasado. Sí, ha fracasado a los ojos de los demás, pero él no ha fracasado. El autor ha triunfado. Los demás no supieron entender su obra. Su emoción de los valores espirituales comunicada al público no fué recogida por ellos; ellos no supieron entrar en el alma de la comedia. El ha triunfado y seguirá triunfando con su esperanza. Suprema virtud, esa de la esperanza, sobre todo para el autor novel que es el que ha estrenado esta noche...

J. HARO

---

*Una señorita ya entrada en años quería obligar a D. Jacinto Benavente a pronunciar una conferencia feminista que no le era grato al famoso comediógrafo. Este se excusó diciendo: —«No tendría inconveniente en hacerlo. Pero no estoy preparado y, compéndelo, señorita: no es cosa de ir a dar una conferencia a tontas y a locas».*